

los marinos, convirtiase al contrario, en afortunado presagio para aquel ferviente cristiano, porque era el día de la Redención, el del rescate del Santo Sepulcro por Godofredo de Bouillon, el de la rendición de Granada, aquel paladion del mahometismo en Occidente. El viérnes pareció pues á Colon el día providencialmente destinado á su partida.

Es indudable que, saliendo al punto de su celda, fué él mismo á llamar á la del padre Guardian, quien despertaría en seguida al hermano portero para ir á encender los cirios del altar y prepararlo todo para la misa. Pocos instantes despues, los vigias de centinela en las carabelas pudieron ver en aquella hora inusitada, brillar al traves de los pinos, las elevadas vidrieras de la Rábida. Miéntas que la comunidad franciscana disfrutaba de apacible sueño, Colon entró solo, y con paso lento, en la iglesia de Nuestra Señora. Revestido el padre Guardian con sus hábitos sacerdotales, subió al altar para ofrecer el augusto sacrificio para un fin hasta entónces inaudito, y quizás único desde la institucion de la Eucaristía. En el momento de la comunión, acercóse Colon á la sagrada mesa, y recibió (1) en viático el pan de los ángeles. Despues de la accion de gracias, salió sin ruido del convento, acompañado siempre del padre Juan Perez de Marchena.

En medio de tan santas emociones, el recogimiento es una necesidad; el silencio una dulzura. La conversacion no podría dejar de turbar aquella tranquilidad interior que no puede dar. Es probable que descendieron, absortos en sus ideas y silenciosos, la pendiente semisalvaje que conduce á Palos. Brillaban todavía en el firmamento las últimas estrellas; en el Oriente se iba á dibujar la primera luz del alba; la brisa de la mañana agitaba por entre los bosques el amargo olor de los pinos y el aroma de los tomillos y espliegos que pisaban en la oscuridad de la senda; postreros perfumes de la tierra de Europa que debían dilatar el pecho de Colon, que rebosaba dicha y confianza. Llegaron juntos al pueblo de Palos.

Luégo que se presentaron, el bote mayor de la *Santa Maria* atracó á la orilla para recibir su comandante.

La voz de los pilotos de servicio y los silbatos de los contramaestres que mandaban las maniobras de la leva, despertaron á los habitantes de las casas vecinas, quedando abiertas en un instante las ventanas y puertas. El grito: ¡marchan! ¡marchan! corrió luégo de uno á otro extremo de la poblacion. Las madres, las esposas, los hijos corrían al puerto derramando lágrimas; los parientes y amigos se arrojaban á las lanchas para acercarse á las carabelas y saludar por señas á los

(1) «Rescibió el santísimo sacramento de la Eucaristía el día mesmo que entró en la mar.»—Oviedo y Valdez, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. v, fól. c.



... en afortunado presagio para aquel ferviente
 ... de la Redención, el del rescate del Santo Sepulcro
 ... el de la redención de Granada, aquel paladín del
 ... El viernes por la noche púsose Colón el día providencial
 ...

... que, sabiendo al punto de su celda, fue él mismo a llamar
 ... quien despertaría en seguida al hermano portero para
 ... los puros del altar y preparando todo para la misa. Pocos minutos
 ... los vigas de centinela en las carabelas pudieron ver en aquella hora
 ... hallar al través de los pinos, las elevadas vigueras de la Rábida
 ... la comunidad fradesca disfrutaba de apacible sueño. Colón
 ... y con paso lento, en la iglesia de Nuestra Señora. Reverendo el padre Fray Juan
 ... con sus hábitos sacerdotales, subió al altar para ofrecer el augustísimo sacrificio por
 ... un fin lazo, inaudito, y por su único desde la institución de la Eucaristía.
 ... En el momento de la comunión, se acercó Colón a la sagrada mesa, y recibió
 ... en viático el pan de los ángeles. Después de la acción de gracias, salió del
 ... del convento, según cuenta el padre Juan Pérez de Marchena.

... En medio de tan pocas distracciones, el recogimiento es una necesidad
 ... silencio una dulzura. La contemplación no podría dejar de turbar aquella tran-
 ... lidad interior que se poseía. Es probable que desahucaron, absortos y
 ... ideas y silenciosos, al salir el semisauvaje que regresó a París. En
 ... todavía en el firmamento los mismos estrellas; en el horizonte se iba a
 ... primera luz del alba; la claridad de la mañana entraba entre los árboles
 ... amargo olor de los pinos y el aroma de los torreses; los rayos que
 ... oscuridad de la noche; penetraba en el mundo de Europa una
 ... dilatar el pecho de Colón, y se le abría el camino. Llegaron a
 ... pueblo de Foix.

... Luego que se manifestara el bote negro de la Santa María atracó a la
 ... para recibir al capitán.

... La voz de los cueros de servicio y los gritos de los marineros
 ... debían las madres que de la leva, despertaron a los habitantes de los caseríos
 ... quedando abiertas las ventanas y puertas. El grito: «¡vamos
 ... marchan!» corrió de uno a otro extremo de la población. Las mujeres,
 ... esposas, los hijos corrían al puerto derramando lágrimas, los parientes y
 ... se arrojaban a las lanchas para acercarse a las carabelas y saludar por
 ...

... Recopilación de los documentos de Cristóbal Colón en el día martes que salió en la Santa María
 ... de las Indias, tomo I, fol. c.



COLÓN COMULGA EN LA RÁBIDA ANTES DE PARTIR PARA SU PRIMER VIAJE

que quizás ya no volverían á ver. Colon, estrechando contra su corazón al franciscano, conmovido hasta el punto de llorar, despidióse de él con mudo lenguaje, y se metió en el bote que, en un momento, le trasladó á la *Santa María*.

Recibido el comandante á su bordo con los honores prescritos por los reglamentos del almirantazgo de Castilla, montó sobre su toldilla, y dió una mirada á las disposiciones tomadas. Hiciéronse con las bocinas los llamamientos necesarios á los barquichuelos de los habitantes de Palos para que se alejaran. Honda angustia oprimía los corazones. En pocos instantes subieron á bordo todos los tripulantes, y ya estaban levadas las anclas y sujetas encima de la proa.

Retiróse el pabellon de leva de la *Santa María*, para enarbolar en ella el real estandarte de la escuadrilla. Fiel emblema aquella bandera de los piadosos sentimientos de Cristóbal Colon y del objeto real de su viaje, era verdaderamente el estandarte de la Cruz. Llevaba la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, clavado en el árbol de la salvacion (1), mientras que en el palo mayor de la *Pinta* y de la *Niña* ondeaba solamente la bandera de la expedicion, marcada con una cruz verde entre las iniciales reales, con una corona encima.

Saludando entónces Colon con serenidad á la multitud apiñada en la orilla, enviando despues con la mano un postrer adios á su amigo Juan Perez, ocupó su asiento junto al palo mesana, y enteramente penetrado del carácter de su empresa, dominando con su voz los confusos rumores de las tres tripulaciones, mandó desplegar las velas EN NOMBRE DE JESUCRISTO (2).

§ VIII.

Media hora despues, elevábase el disco del sol por entre el opaco cortinaje de pinos de la Rábida. Los tres buques, bojeadas sus lonas, bajo una fresca brisa del Este, descendían rápidamente impelidos hácia Torre de Larenilla; y muy pronto la sinuosidad del Odiel les ocultaba á la vista del pueblo penetrado de tristeza. Desde la azotea del convento, pudo contemplárseles sin embargo por espacio de unas tres horas próximamente, despues de haber traspasado la barra del Saltes y desembocado en la embocadura del río. Los religiosos de San Francisco pudieron verles desaparecer en lontananza, debajo de la línea azul que cierra el horizonte.

(1) «Una banniera nella quale era figurato il Nostro Signore Jesucristo in croce.»—Giov. Battista Ramusio, *Della navigationi e viaggi, raccolta*, vol. III, fól. 1.

(2) «Y en el nombre de Jesus mandó desplegar las velas.»—Oviedo y Valdez, *la Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. v, fól. c.

Es indudable que el padre Juan Perez de Marchena, que fué el primero que en España acogió á Cristóbal Colon, le dió el primer aliento y el primer apoyo, le daría, desde lo alto de su azotea, su última mirada, y le enviaría su última oracion: llamaría tambien la bendicion del cielo sobre aquella empresa evidentemente inspirada por Dios, y que, en prueba de su filiacion sublime, llevó el más irrecusable carácter de lo prodigioso y de lo sobrenatural.

CAPÍTULO VII.

ACCIDENTE PREPARADO EN LA PINTA.—LLEGADA Á CANARIAS.—CARABELAS PORTUGUE-
SAS ENVIADAS CONTRA COLON.—PARTIDA DE LOS EXPEDICIONARIOS DE CANARIAS.—
PRIMERA OBSERVACION DE LA VARIACION DE LAS BRÚJULAS.—DESCUBRIMIENTO DE
LA DECLINACION MAGNÉTICA.—ASPECTOS NUEVOS DEL OCEANO.—PÁNICO DE LOS
MARINOS.—EL MAR DE YERBAS.—CONSPIRACION EN LAS TRES CARABELAS.—SUBLE-
VACION DE LAS TRES TRIPULACIONES.—FIRMEZA DE COLON.—PROSIGUE SU DER-
ROTA.—SU PREDICCION DEL DESCUBRIMIENTO PARA LA NOCHE DEL VIÉRNES 12 DE
OCTUBRE DE 1492.

§ I.

Nunca se nos ha dado un relato completo de los incidentes de esta navegacion que han narrado diversos historiadores, ateniéndose exclusivamente á los extractos que el célebre Las Casas nos dió del diario de Colon que él tuvo á la vista. Por desgracia, si bien Las Casas estaba lleno de celo por la humanidad, no estaba dotado de sentimiento poético y era ajeno al hechizo de la contemplacion; así es que, so pretexto de abreviar lo que creyó difuso, ha quitado del diario de Colon aquellas súbitas emociones, aquellas impresiones ingenuamente descritas, cuyo interes seria hoy tan vivo. El virtuoso anciano no tuvo para nada en cuenta aquella lozania de sentimientos, aquel súbito esplendor de grandeza franca que vivificaban el estilo del contemplador de la Creacion. No recelaba Las Casas cuán importante era lo que sus abreviaciones ocultaban á la posteridad. Sólo nos ha trasmitido la sustancia técnica del diario de Colon, conservando apénas, mutilado y débil algo de su escrito. Sin embargo, con «la Historia del Almirante,» escrita por su propio hijo don Fernando Colon, con «la Crónica de las Indias,» por Gonzalo Fernández de Oviedo, del manuscrito del párroco de Los Palacios, de las «Décadas Oceánicas,» de Pedro Mártir de Anglería, de la «Coleccion de los viajes,» por Girolamo Benzoni, y apoyándonos en los historiadores reales de las Indias, Antonio de Herrera y Bautista Muñoz, podriamos llegar á reconstituir en su conjunto los pormenores de ese asombroso viaje.